

IDEAS, ENSAYOS Y PAISAJES

Luis Barahona Jiménez




EDITORIAL
UCR

Edición, investigación, selección y prólogo

**Macarena
Barahona Riera**

IDEAS, ENSAYOS Y PAISAJES

Luis Barahona Jiménez

Edición, investigación, selección y prólogo de
Macarena Barahona Riera

PENSAMIENTO
POLÍTICO
COSTARRICENSE



EDITORIAL
UCR
2025

CC.SIBDI.UCR - CIP/4238

Nombres: Barahona Jiménez, Luis, 1914-1987, autor. |
Barahona Riera, Macarena, editora, investigadora, seleccionadora y prologuista.
Título: Ideas, ensayos y paisajes / Luis Barahona Jiménez ;
edición, investigación, selección y prólogo de Macarena Barahona Riera.
Descripción: Primera edición. | San José, Costa Rica : Editorial UCR, 2025. |
Pensamiento político costarricense ; 3.

Identificadores: **ISBN 978-9968-02-238-5** (rústico)

Materias: LEMB: Ensayos costarricenses. | SIBDI.UCR:
Barahona Jiménez, Luis, 1914-1987 – Pensamiento político – Ensayos, conferencias, etc. |
Barahona Jiménez, Luis, 1914-1987 – Pensamiento filosófico – Ensayos, conferencias, etc. |
Barahona Jiménez, Luis, 1914-1987 – Colecciones de escritos. |
Barahona Jiménez, Luis, 1914-1987 – Crítica e interpretación.
Clasificación: CDD CR864.44–ed. 23

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica.
Primera edición: 2025.

© Editorial Universidad de Costa Rica,
Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. San José, Costa Rica.
Apdo.: 11501-2060 • Tel.: 2511 5310 • Fax: 2511 5257
administracion.siedin@ucr.ac.cr
www.editorial.ucr.ac.cr

Prohibida la reproducción total o parcial.
Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

ÍNDICE

PREFACIO.....	ix
DE UTOPIÁS, IDENTIDADES Y PAISAJES DE IBEROAMÉRICA EN LA OBRA DE JOSÉ LUIS BARAHONA JIMÉNEZ.....	xi
<i>Macarena Barahona Riera</i>	
DE LA PLUMA CERVANTINA Y OTROS MOTIVOS HISPÁNICOS EN LA ESCRITURA DE LUIS BARAHONA JIMÉNEZ.....	xxix
<i>Leonardo Sancho Dobles</i>	
EL ENSAYO COMO PENSAMIENTO: DE ADORNO A LUIS BARAHONA	xxxix
<i>Dimitri Shiltagh Prada</i>	
TEXTOS DE LUIS BARAHONA JIMÉNEZ	
AL MARGEN DEL MIO CID: CANTAR DEL DESTIERRO	3
GLOSA I. LA LOCURA.....	25
GLOSA II. PRIMERA SALIDA	29
GLOSA III. ANDRÉS, JUAN HALDUDO Y DON QUIJOTE.....	31
GLOSA IV. BIENAVENTURADOS LOS QUE CREEN.....	33
GLOSA V. EL DONOSO Y GRANDE ESCRUTINIO DE LA LIBRERÍA QUIJOTESCA.....	35
GLOSA VI. LA AVENTURA DE LOS MOLINOS DE VIENTO	39

PÍCAROS Y PICARESCA: LA ATALAYA DE LA VIDA HUMANA EN LÁZARO DE TORMES	43
Antecedentes	43
Las artes del pícaro	44
Fortuna y adversidad de Lázaro de Tormes	45
La atalaya de la vida humana	48
 LA PICARESCA CLÁSICA EN <i>MARCOS RAMÍREZ</i>	51
Los antecedentes clásicos	51
Análisis de <i>Marcos Ramírez</i>	53
Conclusiones	62
 <i>GENTES Y GENTECILLAS: UNA NOVELA AUTÉNTICAMENTE NACIONAL</i>	65
Sentido del tema	65
Las coordenadas culturales	66
El entorno natural y humano	67
El marco histórico	69
Los personajes	72
La acción dramática	77
Conducta dramática de los personajes	79
Valor literario de la obra	82
 ARNÁEZ, EL HOMBRE, DE JOSÉ MARÍN CAÑAS	85
I	85
II	93
III	94
IV	100
 LA IDEA DE LA UNIVERSIDAD EN ANDRÉS BELLO	107
Aportaciones a la estética musical	117
 NOTAS FUNDAMENTALES DEL HOMBRE ESPAÑOL	123
Caracteres de orden intelectual	135
Caracteres de orden afectivo	135
Caracteres de orden volitivo	136
Caracteres de orden sensitivo	136

Caracteres de orden social	137
Caracteres de orden moral	138
Caracteres de orden religioso	138
CÁTEDRA Y PROFESOR	141
HISPANOAMÉRICA EN EL PENSAMIENTO DE JOSÉ ORTEGA Y GASSET	143
LA PICARESCA Y EL ÚLTIMO DE LOS PÍCAROS	159
Antecedentes	159
La técnica del pícaro	160
Lázaro de Tormes	161
El Guzmán de Alfarache	161
La vida del Buscón	162
Diego Torres Villarroel o el último de los pícaros	163
EN EL CENTRO DEL MUNDO	169
LA FILOLOGÍA Y EL HOMBRE	173
DIÁLOGO POLÍTICO	177
MODELO DE NUEVO ESTADO PARA TODOS LOS PAÍSES LATINOAMERICANOS	197
LECTURA Y CULTURA	199
MEDITACIÓN SOBRE EL IDIOMA ESPAÑOL	201
JOSÉ BERGAMÍN 1897-1983	213
EL ARTE, LAS LETRAS Y EL PENSAMIENTO ESPAÑOL EN JOSÉ BERGAMÍN...	215
El arte	215
Literatura	218
El ser de lo español	221
Bergamín ante el drama español	225
EL BUSCÓN	231
El hambre y la picaresca	231

El tema de los locos	232
El último de los pícaros.....	234
TRES NOTAS SOBRE EL CARÁCTER COSTARRICENSE.....	241
I. El conformismo.....	242
II. La tolerancia	244
III. El individualismo	248
 ARTÍCULOS DE PERIÓDICOS NACIONALES POR LUIS BARAHONA JIMÉNEZ	
EL PECADO DE NUESTRO TIEMPO.....	259
ENCUENTROS DE CULTURAS CRISTIANAS, JUDAICA Y MUSULMANA.....	261
EL MIEDO DEL SIGLO XX	265
UNAMUNO.....	269
EL ESPAÑOL DE SIEMPRE.....	271
LA INTELIGENCIA HISPANOAMERICANA.....	275
EL <i>ETHOS</i> HISPANOAMERICANO.....	279
EL HISPANOAMERICANO Y SU DIMENSIÓN POLÍTICA Y SOCIAL	283
HISPANOAMÉRICA Y SU POLÍTICA INTERNACIONAL.....	287
LAS RELACIONES ESPAÑA-HISPANOAMÉRICA.....	291
LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA COLONIAL	295
NUESTROS RINCONES COLONIALES.....	297
OTROS PAÍSES AMIGOS.....	299
 ACERCA DEL AUTOR	 303

PREFACIO

El ensayo como género es la forma del lenguaje donde la libertad de pensamiento y el discurrir de la argumentación están siempre en un *continuum* por la imaginación y el conocimiento. Luis Barahona hizo del ensayo un cincel de la palabra, en la construcción de su pensamiento, buscando temas desde los clásicos de la literatura española hasta la latinoamericana y costarricense: cincel y buril, en homenaje a su padre Juan Barahona Fernández, artesano de la piedra y de la palabra, maestro de la conversación que inspiró desde muy joven a su hijo en la inteligencia y la lectura, unido a los valores de la libertad y la justicia.

Los ensayos aquí reunidos son escogidos, en la diversidad de los temas, en lo más representativo de la ensayística de Barahona Jiménez. El máster Dimitri Shiltagh Prada nos presenta el palimpsesto “De Adorno a Luis Barahona”, donde reflexiona sobre las propuestas del filósofo alemán y el corpus ensayístico de Barahona, haciendo referencia a la inmanencia de los propios planteamientos en que el filósofo construye su lengua desde una conciencia del propio ensayo.

Por su parte, el Dr. Leonardo Sancho Dobles nos plantea en su ensayo que su producción fue prolífica y variada, abordó las inquietudes sobre el ser y la identidad, la geografía y el paisaje, la estética y el pensamiento político. Además, comenta que Barahona dedicó buena parte de sus reflexiones y escritos a temas y motivos heredados de la tradición literaria hispánica, como el *Poema de mio Cid*, la picaresca del Siglo de Oro, el *Quijote*, la Generación del 98 y la obra de José Bergamín.

Este trabajo inicia con los ensayos de Barahona sobre la lengua, profundiza en los cimientos e ideales de un Quijote abanderado de las Américas y busca al ser costarricense entre sus maestros, sus héroes y su propia literatura.

Macarena Barahona Riera

TEXTOS
DE LUIS BARAHONA
JIMÉNEZ

AL MARGEN DEL MIO CID: CANTAR DEL DESTIERRO

Luis Barahona Jiménez

*Por esto le ovieron muchos envidia
e buscáronle mucho male mezcláronle con el rey...*

¿Qué hay de humano en este pasaje, qué de histórico? Lo humano es lo histórico: mio Cid es hombre de gran estatura moral y guerrera en las huestes de Alfonso; es un hito que cada día crece por razón de armas y de virtud. Ha ido a Sevilla por dineros debidos y se encuentra con que el rey de Granada viene sobre Almutamiz, por lo que se ve obligado a tomar las armas para defender al “que era vasallo e pechero del rey don Alfón su señor”. En la empresa le vienen en su contra unos ricos hombres, el peor de todos, el conde Garci Ordóñez. El caballero del derecho real lo afronta, lo vence “e mesóle una pieça de la barba”...

Tal es la causa, a juicio del viejo juglar autor del poema, que explica los hechos que culminan con el destierro. Si hubo antecedentes de posición social, de rivalidad nacida de las mejores o peores disposiciones naturales, es cosa que no precisa averiguar, porque en este caso basta con la afrenta del uno y de la superioridad del otro, con el menosprecio del de Vivar a la nobleza sin empresas y las ínfulas casi patológicas del de Carrión.

A esto debe agregarse otro hecho semihistórico, que todavía no se ha puesto en claro, pero que contribuye a esclarecer poéticamente los motivos iniciales del *Poema*. Me refiero a las razones que esboza la Crónica de Veinte Reyes, por las que el rey “estaba muy sañado e mucho irado contra él”.

Alfonso había ascendido al trono de Castilla a causa de la muerte de su hermano, rey fuerte, hermoso y de grandes alientos de conquista que sorprendió la muerte un día en que se daba a sus tareas guerreras en frente de los guarecidos muros de Zamora, herencia de su hermana Urraca. Los soldados del extinto rey don Sancho atribuyeron esta muerte al hermano

humillado, vencido y extrañado en tierra de moros. Malos o buenos mesureros pondrían al desterrado al tanto de lo que por Zamora ocurría, y este, aún no avenido con su derrota, se daría al trabajo de malbaratar con tortuosas artes lo que no pudo lograr por las armas.

El alferez de los ejércitos acéfalos, Ruy Díaz, hombre del cariño y de la intimidad del malogrado rey, tuvo la osadía de imponer su voluntad en demanda del derecho, como lo hará después, luchando por los moros aliados de Alfonso. Dadas las circunstancias del momento, tal demanda era un acto trascendental que solo podía ser hecha por un varón de alma grande, ya que se la pedía al hermano destronado, único heredero, y quizá único sobre quien recaían las sospechas del regicidio.

La demanda se establece según el derecho consuetudinario castellano en la pequeña parroquia de Santa Gadea de Burgos. Sobre el altar están los evangelios, la cruz y, a un lado, un solio de piedra. El Cid se levanta majestuoso y demanda el juramento. Alfonso y sus doce compurgadores responden: "Sí juramos". Agrega el Cid: "Pues si vos mentira yurades, plega a Dios que nos mate un traidor que sea vuestro vasallo, así como lo era Vellido Adolfo del rey don Sancho".

La gesta tardía nos dice que por tres veces el rey juró y otras tantas palideció su cara, y es de creerlo, aunque ello no sea hacer de la palidez un argumento de culpabilidad. El dolor, la humillación, la culpabilidad, la inocencia ultrajada, cualquier trance amargo, toma pálida revancha sobre nuestro organismo; y así como los tintes encendidos acusan la vergüenza, pero a veces son bella muestra de pudor virginal, así la palidez puede ser hija de inmensos dolores, de grandes ultrajes. Por eso no hay que extrañar que esta herida jamás cicatrizase; en su vida había dado el Cid más descomunal mandoble y mal podía Alfonso curarse dél.

Con tales antecedentes, razón hay para que la envidia, el odio y el rencor tomen la revancha. Los enemigos atizan el mal disimulado entono del rey, y, sabedores de lo que sucederá, aprovechan. Lo de las parias de Almutamiz es el simple punto de apoyo para remover el subconsciente del hijo de San Fernando que se da prisa en descargar toda la energía de su poder sobre el vasallo leal, para "luego decir al Cid por sus cartas que le saliese de todo el regno".

"El Cid, después que ovo leídas las cartas, commo quier que ende oviesse grand pesar, non quiso y ál fazer, ca non avia de plazo más de nueve días en que salliesse de todo el reyno".

Perentorio es el plazo, doloroso el trance; ha de abandonar la casa de sus mayores donde pasó los mejores días de su mocedad. Castilla la gentil

se niega a darle el albergue que le dio de niño y los recuerdos del buen tiempo feliz se le agolpan todos en la cabeza para estrechar más el cerco de sus penas. Doña Jimena, su mujer querida y sus dos hijas, pedazos de sus entrañas, no irán con él. ¿A qué más amargura, si al dejar la patria, la tierra, deja lo más querido de su corazón? Pero el plazo apura y por eso:

Enbió por sus parientes e sus vasallos e díxoles cómo el rey le mandava salir de toda su tierra, e que le non dava de plazo más de nueve días, e que quería saber dellos cuáles querían ir con él o cuáles fincar.

Tal es la costumbre, que los criados al calor del señor y demás vasallos acompañen a este en el destierro hasta tanto no haya logrado el debido acomodo. Pero el esposo de Jimena agrega en su bando: “e los que conmigo fuéredes de Dios ayades buen grado, e los que acá fincáredes quiérome ir vuestro pagado”. Hay en estas palabras la honda preocupación del cabeza de familia Germana que se cuida en la hora amarga de quienes han echado raíces en su corazón; tal es el sentido de estas mesnadas castellanas que ponen la libertad como condición esencial del buen entendimiento. El amor casi filial es el que mueve a los sesenta lanzas que le acompañan al destierro y el amor mueve la lengua de Alvar Fáñez, su primo hermano: “convusco iremos, Cid, por yermos e por poblados, ca nunca vos falleremos en cuanto seamos sanos; convusco despenderemos las mulas e los caballos e los averes e los paños; siempre vos serviremos como leales vasallos”.

Mucho agradeció mio Cid tales palabras y mucho le pudieron en el alma. “¡Dios, qué buen vasallo, –si oviese buen señore!”.

La escena nos parece vistosa: mujeres en las ventanas con ojos de curiosidad, niños y hombres, mendigos y mozos llenos de malicia se agolpan a las puertas para ver pasar la comitiva. Pero es a mio Cid el Campeador que ven pasar y ya les ha llegado la real carta “con grand recabdo e fuertementre seellada”; por eso llora la gente, “tanto avién el dolore”.

Llegaba el buen vasallo cubierto de polvo, sudoroso y hambriento. La desgracia pesa en sus hombros y un dejo de amargura cae sobre su barba vellida; mas no le han de dar hospedaje ni aun allí donde siempre sesteaba. Grandes voces dan desde la calle, pero las puertas permanecen cerradas. No hay para el mísero quién dé un poco de agua. Una niña, de esas que van por los caminos descalzas, encendidas por el calor de las cuestas, le sale al paso y le pide que se aleje, que siga en su jornada y que Dios con su poder le valga: “en el nuestro mal vos non ganades nada”.

Esta niña de ojillos pequeños y frescas mejillas; esta niña ajena a las complicaciones de la vida, aprende de memoria su recado y sin saber qué

dice, contesta por los temerosos moradores. Así y todo, ella es el único obsequio que de Burgos recibe el Cid: su candor, su sonrisa, la frescura de su alma, ni temerosa ni hecha a las venganzas humanas.

Las espuelas ruedan sobre los caballos y se apura la jornada. En Santa María se paran. Un poco de agua fresca para el alma del desterrado: “fincó los inojos, de corazón rogava”, “Grado a ti, Señor Padre, que estás en alto! Esto me an buolto mios enemigos malos”.

“¿O sodes, Raquel e Vidas, –los mios amigos caros? En poridad –hablar querria con amos”.

Y ahora vamos derechamente hacia el Lazarillo de Tormes o hacia alguien que se le parece en su perfil de pícaro y taimado. Martín Antolínez es hijo bien formado en la escuela de las necesidades apremiantes; sabe de todo, a no dudarlo, pero mucho más de esos trucos ingeniosos con los que salimos airosos de los lances más apretados. Burlador es y de los que no salen burlados –¡Vive Dios!– que no ha de faltar a su señor quien le surta de pan y de vino, ni de los seiscientos marcos de que tiene menester para toda su campaña.

Allá están Raquel y Vidas, dos judíos de profesión y de raza. Cuentan los dineros ganados en sus negocios, las cejas enarcadas y los ojos y cabeza siguiendo el ritmo de las sumas. Ambos saben de cuentas, porcentajes y embargos, mas no parecen muy listos: tienen su lado flaco, el de no ver donde un taimado puede. Los años endurecen las molleras, los viejos son confiados y allí está el burgalés cumplido, hijo de la ciudad, avezado en las trapisondas del comercio, agudizado en el ajetreo del comprar y el vender, siempre con alguna ganancia. No es judío, pero tiene del taimado, del pícaro, como el que más.

A ellos se lanza simulando amistad: “¿O sodes, Raquel e Vidas, los mios amigos caros? En poridad hablar querria con amos”. Pobres judíos, quizá caducos y decréptos que en su avaricia ya no pueden tener límite ni medida. La baba se les cae con el oro y lo que se le asemeja; pájaros locos que quiebran sus cabezas en duros cristales, confundiéndolos con su ligero elemento. Por eso allá van a despeñarse; el mal del oro los torna cuasi buenos, cuasi cándidos, cuasi judíos.

Antolínez desembaraza rápidamente las arcas de sus embustes y clava certera la puya en los prestamistas: guardarán en prenda dos arcas repletas de oro fino, harán de nibelungos con tan riquísimo tesoro; en cambio, recibirán tal paga que en sus días no tendrán sombra de infortunio.

Los judíos cuchichean, quizá por manía que no por alarde de avisados comerciantes. Se refieren al dinero que por rata han de ganar en el año.

El muy prudente y muy taimado contesta: “mio Cid querrá lo que sea agui-sado”. Todavía cuchichean, hay algo que choca con su sistema de préstamos, cosa de pura formalidad que pronto se arregla. Queda cerrado el trato: para mio Cid, seiscientos marcos y treinta para el de la ardida lanza.

Estos cuadros rápidos de la vida burgalesa, estos hijos de la judería, calculadores, dados al negocio en cuerpo y alma, pero ya sin fantasía para imaginar trampas, para adivinarlas en los sonreídos ojos del burgalés cumplido; y este último viene como una raposa envuelto en simulaciones de viejo amigo; su ingenio, su conocimiento de los hombres y el buen ánimo que muestra en poner su consejo al servicio del desterrado; todas esas notas pintorescas llevan al lector moderno como de la mano hacia el mundo de la picaresca española que esboza tipos cumplidos en Martín Antolínez, Raquel y Vidas. Solo que la malicia no es tan refinada; el pícaro se limita a sacar partido de las circunstancias del momento, sin serlo de profesión, por pura degeneración de los hábitos nobles del trabajo, como ocurrirá en los días del Lazarillo, de Rinconete y Cortadillo, y de toda el hampa sevillana e internacional del siglo XVII.

Cosas de la vida, se dirán más tarde, cuando en el reposo que dejan las armas, vasallo y señor repasen los mil lances en que se han visto. Cosas de la vida, así decimos cuando recordamos una de las tantas fechorías de las que hemos echado mano tiempo atrás. ¿Quién no ha mentido alguna vez, quién no se ha puesto la careta del dolor para engañar al prójimo, o de la risa para engañarse a sí mismo? Y esto es toda la ironía, todo el gracejo, el buen sabor de la vida y la gracia chispeante de los recuerdos en los años de la madurez.

Se me antoja que de ser ciertos los detalles y peripecias de este episodio de las arcas de arena, el Cid tuvo muy buenos ratos y hubo gran sabor cada vez que la memoria se lo repetía, conforme dice la gesta: “Sonrisós mio Cid, estávalos fablando”.

Este episodio debe incorporarse al carácter realista del *Poema*, con el mismo derecho que tienen aquellos que relatan batallas, lágrimas, bodas, afrentas y cortes, porque este es un pasaje único en cierto respecto. El juglar ha trazado en estos versos personajes que muestran con vigor insospechado amplias zonas interiores, de esas que en el trato diario con nuestros semejantes se nos ponen a los ojos. Raquel y Vidas son dos nombres que de inmediato podríamos aplicar a este o a aquel vecino. Los hemos visto, fresca está la conversación que tuvimos con ellos hace apenas unos minutos, solo que las arcas de arena hicieron falta para vivir mejor las páginas del gran *Poema*.

Martín Antolínez es un tipo más abundante que los anteriores y evoca el granuja que en cada uno de nosotros dormita hasta tanto no llegue la ocasión. Las importunas peticiones de pieles y calzas son consecuencia de la enorme intensidad con que este ha sabido representar su papel de mentiroso. Así nos ocurre en circunstancias similares, cuando nos vemos forzados a representar comedias non gratas en que sacamos algunas ventajas de las flaquezas ajenas. Pero a esto no lo podemos llamar maldad, sino burlas de escolares que pasado el momento solo se recuerdan como notas pintorescas de nuestra vida, que nunca tuvieron las funestas consecuencias de los malos hábitos.

Realismo y realismo de grandes proyecciones morales es el de este pasaje. No parece cosa de trascendencia para los ulteriores sucesos, pero, qué exactitud, qué energía en los trazos de los personajes. El fondo es pardo oscuro –ya era de noche– los tres hombres que se mueven, hablan, discuten y tratan, son tres motivos pictóricos animados por variadas situaciones mentales y pasionales; la luz no deja apreciar las variadas fulguraciones de las caras; el poeta no da sobre esto ningún detalle, y sin embargo, ¡cómo quedan grabados en nuestro espíritu! Indudablemente que este pasaje alienta un gran realismo; si el hecho no es histórico, si fue pura invención feliz, ello no quita que Raquel y Vidas, y Martín Antolínez, no hayan efectuado un verdadero trato, ni que su veracidad supere por mucho a la de otros, que siendo históricos no ofrezcan los mismos rasgos de palpitante humanidad que hay en él.

“Enclinó las manos –la barba vellida, a la sues fijas– en braço las prendía, llególas al corazón, –ca mucho las quería”.

Ya la noche iba de bajada y una ligera claridad se quería filtrar en el horizonte cuando llegaron los de Vivar cerca del monasterio de Cardaña, donde estaban doña Jimena y sus dos hijas. Se han acercado bastante para distinguir el bulto de la ermita de San Pedro. Todo está en silencio, solo el abad don Sancho, cristiano del Creador, ora por el bien del desterrado.

A la puerta llaman, abre el abad y los recibe con luces y candiles en medio del patio. El Cid deja cien marcos al monasterio para los gastos que demanda la estada de su familia en un año; no quiere que el monasterio sufra gastos por él.

A poco llega doña Jimena con sus dos hijas, “señas dueñas las traen e adúzenlas en los braços. Ant el Campeador doña Ximena fincó los inojos amos. Llorava de los ojos, quísol besar las manos”.

He aquí otro cuadro de profundas resonancias. Doña Jimena sale por el fondo con sus dos hijas. El Cid la espera de pie. Todo lo enmarca la noche y lo iluminan unos cuantos mechones encendidos.

El poeta no ha querido estilizar en lo mínimo los escuetos detalles de este encuentro. Es una escena corriente de infortunio, de las tantas que se ofrecen por los caminos de la vida, una despedida amarga, en que se habla poco, se siente mucho y se llora sin más ni más. Pero sobre todo se impone el estoicismo de la raza, la resignación. No se oyen palabras vanas que dejen al vivo odios reconcentrados o debilidad para afrontar la vida. La desesperación tampoco tiene aquí lugar. Jimena es un tipo de raza, fuerte, viril, abnegada en el sacrificio, constante en el amor, callada, majestuosa ante la desgracia y llena de fe en Santa María y en el Padre eternal.

Entre todas las figuras que asoman a este cantar descuella esta mujer con cierta grandeza heroica, que se relaciona indudablemente con la grandeza de la mujer clásica, pero sobrepasándola por su confiada resignación cristiana. Hay mucho de Hécuba, Penélope y Cornelia en ese noble continente, en ese comedido porte con que habla con su marido que la llama “la mi mugier tan complida”. Quizá en la sangre de esta castellana corría alguna gota de la romana y quién sabe si también de la troyana y la griega; como quiera que sea, el aeda de Medinaceli se inspira en ella, hasta el punto de improvisar una sublime oración, bella y perfecta, como diría un místico, en la que al acentuar los dolores de Jesús, halla cierto consuelo a sus propias angustias. Sobre todo exalta la omnipotencia divina, obradora de prodigios, su realeza, su paternidad, y hace un acto de fe y adoración con toda su voluntad. Es el tipo de la mujer, de la madre de la hispanidad. España tiene representada en ella a todas esas mujeres de pueblo que sufren calladas por el amor de sus hijos, de sus maridos, por el amor de la patria y por el amor de su Dios. Ella es el tipo de esas otras en que pensaba Bécquer: “que allá por las fragosidades ásperas del Moncayo han andado, exangües, extenuadas, buscando un poco de leña y porteándola angustiosamente, por quiebras y desfiladeros sobre sus espaldas, hasta la remota ciudad”. Representa a la fiel esposa que, con un morral y un niño, sigue las pisadas del marido trashumante en busca de pan y trabajo, y a todas las mujeres que saben resguardar en sus entrañas el tesoro de la vida heroica, noble y cristiana, herencia de Jimena y, en ella, de todos los pueblos fecundizados en el vientre de España.

El que en buena hora ciñó la espada, el héroe de las portentosas hazañas, el personaje central de la gesta española de los siglos XII y XIII es también un buen esposo y un amantísimo padre. Va a salir de sus tierras, a dejar

la casa y sus haberes, pero eso no lo puede hacer sin antes despedirse de los suyos, cuidando a la vez de su suerte.

El plazo del destierro va expirando, y ha de ver antes a su mujer y a sus hijas; su corazón late desasosegado, los ojos se le empañan: ya las tiene delante, ¡oh gozo, oh placer, oh angustia!... “Enclinó las manos la barba vellida, a las sues fijas en braço las prendía, llególas al corazón’ca mucho las quería”.

Todo amor y solicitud. El Cid abraza a sus hijas y en este amor ve aplacados sus dolores; por ellas irá a luchar, por ellas todavía tan niñas: “¡Plega a Dios e a santa María, que aun con mis manos case estas mis fijas”.

Indudablemente el héroe llora y siente aún más el peso de su desgracia. Apenas puede reprimir unas palabras contra los malsines que han urdido su caída. Sin embargo, las fuerzas se le doblan, las esperanzas se le crecen, porque en estas niñas cifra todos los ideales de su vida. Aquí se quedarán ellas hasta tanto haya conquistado muchas ciudades, muchos campos, muchas riquezas. Mientras ellas vivan irá con sus amigos y vasallos hacia levante y mediodía, rompiendo corazas, abollando escudos y segando cabezas de infieles.

Es tanto este amor, es tan grande el afecto que mio Cid profesa a sus hijas, que el juglar, habilísimo en la preparación de los conflictos, lo explota, insinuando levemente el tema de la Afrenta con ese “que aun con mis manos case estas mis fijas”, haciendo resaltar la grandeza del momento y algo de los hados que se cumplirán a su tiempo.

Ya se ha iluminado el paisaje, las llanuras grises y las vecindades de San Pedro. Mio Cid tiene prisa en partir. Nada queda por hacer puesto que el abad ya ha recibido instrucciones y dinero para atender los que se le confían. Es inminente la partida, la hora terrible de la separación. Ambos se postran en las gradas del altar, oyen misa y se encomiendan a Dios; luego salen de la iglesia y se disponen a marchar: “Llorando de los ojos, que non vidiestes atal, assís parten unos d’otros commo la uña de la carne”.

Por lo visto se puede colegir que el Cid es un enamorado de la vida familiar. Indudablemente para él, el mayor daño está en tener que abandonar su casa, su mujer y sus hijas. Habría preferido pasarse toda la vida en Vivar rodeado de los suyos, gastando sus energías en sembrar y recoger, como lo hacen quienes recogen el trigo y comen el pan duro de la pobreza al lado de sus hijos, pero ¿qué se va a hacer con las malhumoradas venganzas de Alfonso? Ya la suerte está echada; hay que partir, dejarlo todo, renunciar aun a sus hijas. La vida se encarga de hacernos apurar estos ratos amargos y el tiempo resuelve por sí mismo los más intrincados problemas. Somos seres que hoy nos sentimos felices en el cálido regazo de un hogar sazonado

por el amor y mañana nos vemos en compañía de todos los infortunios. Ayer salió de Vivar y lloró delante de los soportales, de las puertas abiertas y de las perchas vacías; hoy vuelve a llorar, a suspirar, porque deja la mitad de su vida y solo Dios sabe cuándo los volverá a juntar.

Allá van, adelante, cada vez más adelante. La mañana llega, el sol luce y empieza a calentar. Nuevos horizontes se acercan y otros más lejanos aparecen: es el tiempo que pasa, las lágrimas que se enjugan, las alegrías que renacen.

De nuevo ha caído la noche: sueño dulce embarga el espíritu angustiado. Un ángel se aparece y deja oír su voz: “Cavalgad, Çid, –el buen Campeador, ca nunqua en tan buen punto– cavalgó varón; mientras que visquiéredes –bien se fará lo to”.

Los días anteriores le han traído enormes sufrimientos. A pesar de toda su virilidad su ánimo ya no puede más; es enorme el peso de las angustias que le oprimen. Ha luchado contra todas ellas, ni siquiera ha dejado escapar una expresión de menosprecio contra el rey que lo destierra injustamente, para desahogar un tanto su corazón. Pero el sueño lo liberta, aligera la carga que le pesa y reaccionan los ocultos resortes que mueven su vida interior. Allá está la fantasía, esa bondadosa maga que nos recrea con los sutiles brocados del ensueño. Con el poder que le dan sus artes complicadas vamos hacia la región de lo desconocido donde se realizan nuestros destinos. Es que cada uno recibe luces de un mundo inmaterial donde los genios del bien se preocupan por facilitar el futuro de los hombres. Cuando la vida se torna imposible y se alza en el camino una muralla impasable, ellos se aparecen y dicen en sueños lo que debe ser. Los poetas, los artistas todos tienen contacto con esos espíritus: ellos son, por lo general, mártires de lo real y su arte está en la superación de todo infortunio por lo suprasensible: Homero derrama el bálsamo del sueño cada vez que sus héroes necesitan reanimar las fuerzas de sus cuerpos y el heroísmo de sus almas; Brunilda duerme rodeada de un cerco de fuego hasta tanto aparezca el héroe Sigfrido quebrando la lanza de fresno del árbol del mundo; don Quijote vive todos sus triunfos en el sueño de su locura, y Segismundo, rodeado de la ventura, vive el inaudito pensamiento de que el vivir solo es soñar. El poeta lego de la epopeya castellana, sintiendo que su héroe tiene necesidad de reanimarse, le infunde en un sueño todas las esperanzas, preparándole para los primeros triunfos que van a ocurrir muy pronto.

Las palabras del arcángel disipan las nubes oscuras que le envuelven. Se despierta sonriente porque “mucho era pagado el sueño que soñado a”. Y como en las viejas epopeyas, vuelve al combate lleno de juventud y de fuerza porque alguien como un dios le ha dicho divinas palabras: “Ya crieban los albores –e vinie la mañana, ixie el sol, –¡Dios, qué fermoso apuntava!”.

Mio Cid ha dejado atrás las tierras del rey. Empieza la jornada dura, el trabajo de las armas. Deben ganarse el pan él y su mesnada; no quedando otra alternativa, hará uso de su brazo.

Para ello escoge la tierra de levante donde no tiene necesidad de grandes ejércitos, sino de astucia y táctica militar. Los moros que la habitan son débiles; divididos en pequeños bandos no disponen de soldados ni de grandes riquezas. Va derecho a ellos con la seguridad de vencerlos a pesar de lo exiguo de sus recursos en armas y hombres. La victoria está decidida de antemano; sus gentes arden en el deseo de conquistas y él no necesita mucho para enardecer su sangre hecha a la ruda pelea. Por algo le llaman el Campeador y ha sido víctima de envidias y confabulaciones.

Alvar Fáñez traza el plan de campaña: es la cabeza que piensa, el estratega del pequeño ejército.

¡Ya Çid, en buen ora çinxiestes espada! Vos con çiento de aquesta nuestra conpañia, pues que a Castejón sacaremos a çelada, en él fincaredes teniendo a la çaga; a mí dedes dozientos pora ir en algara; con Dios e vuestra auze feremos grand ganança.

Castejón se despereza con los primeros albores del día. Es un pueblo de labriegos apacibles que viven de sus manos. Allá en el campo, fuera de la ciudad, tienen sus ganados y sus cultivos donde se pasan la mayor parte del día; ya tarde, vuelven a sus casas.

Mio Cid lo sabe; aguarda a que el día crezca para atacar cuando los moradores se retiren al campo.

Minaya pasea su bandera por Alcalá y recoge rico botín: no ha costado mucho trabajo esta ganancia, ya tienen de sobra con qué seguir adelante: “muchos ganados de ovejas e de vacas e de ropas e de otras riquizas largas”.

Esta pequeña aventura da a todos la seguridad de que no son necesarios muchos hombres para el buen éxito de sus expediciones militares. Han tomado Castejón y no fueron necesarios muchos preparativos. La audacia, el arrojo y un poco de prudencia, dieron al traste con el pequeño castillo.

El Cid cifra toda su esperanza en este puñado de hombres decididos que luchan por su señor sin ver dificultades que sobrepujen su valor. Alvar Fáñez es reputado “una fardida lança”; es hombre de reconocida capacidad

y lo ha demostrado brillantemente. Tal es la razón por qué se le exalta en todo el *Poema*, recibiendo encargos delicados y misiones que piden algo más que valor. Su temperamento es netamente germánico: no quiere recibir la quinta parte del botín mientras no vea “por el cobdo Ayuso la sangre destellando”. Se diría que para él todo es sangrienta lucha, incansable galopar tras el enemigo; todo lidiar, porque ese es su descanso, su placer, el goce pleno de su vida. Es el prototipo de la época y de la raza: héroe semibárbaro que ama la lucha por la lucha misma.

Por lo demás, este pasaje es el prelude en que apunta el tema de las grandes hazañas, dando la impresión fuerte y exacta de quienes son los que han salido de Vivar, cuáles son sus miras y por qué esta mesnada obtiene sus objetivos. A través de las frases de Minaya y del Cid se ve pasar la derrota de Berenguer y la de Yúsef, algo de carácter que se encara a las Cortes de Toledo y la gloria cidiana eclipsadora de la estrella de Alfonso. Con todo, es solo un despertar de aurora lleno de promesas; el poeta canta: “Ya crieban los albores e vinia la mañana, ixie el sol, ¡Dios, qué feroso apuntava!”.

Si hay realismo perfecto en todo lo que se relaciona con hechos de armas, si el hombre aparece bajo la coraza y el yelmo, también se deja ver en las horas normales de la paz. Ahora se halla en medio de la morisma, rodeado de vacas y ovejas, de vistosos ropajes amontonados en el suelo. Por aquí y por allí se dan voces, se hace estruendo, se llora y se invoca a Alá. Mio Cid avanza hacia el centro de la plaza, alza los brazos y manda repartir la riqueza del botín.

No se deja dominar de la superioridad que le da el triunfo para escarnecer a los vencidos. Ha luchado por necesidad y obtenido su objetivo, pero ello no le hace perder el sentido de lo justo; su nobleza triunfa precisamente allí donde otros se habrían dejado llevar de su voracidad. Esta es una de las características de su persona: por encima de todas resalta y da a su fuerte figura la nota máxima de excepción. Pocos héroes saben imponerse a los arrebatos de sus pasiones; la cólera es ciega, y aunque nacida de justa causa, no es dócil, dispuesta a parar en su carrera. El Cid representa al hombre que sabe de sufrimientos, de vejámenes imperdonables; de aquí su actitud con los moros de Castejón a quienes deja intacto su castillo y su libertad. El juglar resalta este hecho: “Los moros e las moras bendiziéndol están”.

Pero hay más, después de considerar las desventajas que ofrece la fortaleza para resistir cualquier ataque, concluye diciendo que no la defenderá porque “con Alfons mío señor non querría lidiar”. Bien podría decirse que su actitud con Alfonso es mero cálculo para granjearse la reconciliación, pero esto no cuadra a sus virtudes de pundonor y dignidad suma. Además,

observa la misma conducta siempre, hasta cuando conquista Valencia y se encuentra en el cenit de su gloria. Tampoco creo que ello obedezca a simpatía personal hacia Alfonso; esta hipótesis no tiene suficiente base en el *Poema*, porque si hay un pensamiento dominante en él, es el de que Alfonso es su señor, el representante legal, libremente aceptado. En el rey se le representan la patria, Castilla la gentil y todo lo que en ella hay de su sangre, de su alma.

Luchar contra Alfonso era luchar contra sus más sublimes ideales; fuese justo o injusto con él, siendo rey de Castilla, valía tanto como la patria, como la tradición y la libertad, ideales que encarnan Castilla y su héroe, no solo para los días en que el mediodía de España estaba bajo el dominio árabe, sino para los actuales tiempos en que se han menospreciado “los ideales, los apetitos, las codicias vitales de la totalidad hispánica” debido a los compromisos traídos por la última revolución. A través de toda la obra este pensamiento se presenta en distintas oportunidades y siempre en la misma forma. Es el *leitmotiv* dominante que guía al héroe hacia la meta de sus aspiraciones, condicionando su conducta, hasta el punto de que el *Poema* alcanza su culminación cuando el rey celebra vistas con el Cid en las márgenes del Tajo, devolviéndole su favor. Sin él desaparecería la unidad, la cohesión de todo el cuerpo épico, y solo quedaría un pasaje de crónica rimada, más o menos épico, pero sin la profunda humanidad con que apareció el *Cantar del mio Cid*.

Van a partir hacia Alcocer donde permanecerán quince semanas. Allí podrán continuar su peregrinación en busca de pan y de gloria. Atrás dejan las sierras bravías, las tierras tributarias de Alfonso; se adentran en comarcas dependientes del rey moro de Valencia: tierra de conquista y de promesa. Llega el momento en que la gesta se embriaga con el piafar de los corceles, el estruendo de las armas, lo altivo de los héroes y lo no menos grande de las hazañas. Todo se inflama como si un viento de la *Ilíada* soprase al través del campo por donde avanza la hueste de Vivar: “Por todas esas tierras ivan los mandados, que el Campeador mio Çid allí avie poblado, venido es a moros, exido es de cristianos”.

“¡Feridlos, cavalleros, por amor del Criador!”

“¡Yo so Roy Díaz, el Cid de Bivar Campeador!”

Una corta batalla dada contra Alcocer sirve de preludeo a otra de grandes proporciones. En ella se repite lo que ya observamos a propósito de la toma de Castejón: la astucia y las hábiles disposiciones para sacar partido de la inferioridad numérica. También contribuye esta victoria a robustecer la confianza de la hueste en su jefe que en cada batalla se crece y a cada coyuntura halla fácil solución.

Pero se avecina la hora de la prueba en que verán sus ojos la faz descarada de la guerra que no se presta a requiebros ni a necios devaneos. El sutil distribuidor de los hechos cidianos ha ido graduando los acontecimientos en escala ascendente, con lo que el interés se crece según las leyes descubiertas por Gustav Freytag en su *Technik des Dramas*; pero al llegar aquí sufre el héroe y con él la gradación mencionada una rápida sacudida ascensional que, a mi juicio, no se ha preparado suficientemente. Es que el ángulo de suave inclinación estudiado por el psicólogo alemán corresponde mejor a las obras artísticas modernas en las que se manifiesta también la psiquis moderna, más erudita, más calculadora y explotadora de los refinamientos emocionales. Aquellos legos del arte seguían el ritmo de sus almas semibárbaras, que era también el ritmo de los hechos reales.

Esto constituye uno de los encantos del *Poema*: sin dejar lo real pone a luchar sus hombres en la más grande desproporción, llegando a rozar los límites de lo histórico, de donde resulta un rápido contraste, no literario, pero sublime, heroico, digno de los mejores pasos de la epopeya antigua.

En efecto, el rey Tamín, señor de Valencia, ha dispuesto poner sitio “al bueno de mio Cid” con “tres mil moros... con armas de lidiar”.

Es necesario hacerse cargo de lo que esto significa para unos seiscientos hombres, según testimonia el recuento de Minaya, “un caballero de prestar”.

Van tres semanas de cerco, el agua les falta y aún pueden quitarles el pan. La situación es más que angustiosa. No queda sino seguir el consejo de Minaya: atacarlos en cuanto amanezca el día.

El jefe habla; como siempre, es corto en el decir pero decidido, ardoroso como el que más: “todos iscamos fuera, que nadi non raste, sinon dos pedones solos por la puerta guardar; si nos muriéremos en campo, en castiello nos entrarán, si vençiéremos la batalla, creçremos en riçtad”.

La batalla se inicia por la temeridad de Pedro Vermúdez, que desacatando las órdenes recibidas se echa sobre la vanguardia enemiga, llevando el pendón de la hueste castellana y arrastrando los suyos al combate con el grito de mio Cid; “valelde, por caridad”.

Rápido es el ataque; más parece un golpe de sorpresa que una batalla ordenada. En el colmo de la gran refriega se oyen las voces del que en buena hora nació: “¡feridlos, cavalleros, por amor del Criador! ¡Yo so Roy Díaz, el Çid de Bivar Campeador!”.

La escena se anima con el más crudo realismo. Lanzas, adargas, mallas, pendones, caballos, arzones, jinetes, todo se exalta, sugiriendo el destrozo, la sangre, el heroísmo, la locura del combate; ante nuestros ojos se levanta el polvo, ante nuestros oídos el estruendo. En su dorado arzón el hijo de Vivar sostiene un formidable encuentro con sus enemigos, pero en tan gran

aprieto no olvida sus valientes lanzas. Ha visto a su querido Minaya luchando sin caballo. Hacia él corre, “acostós a un aguazil que tenié buen caballo”, le arrebató la existencia y se fue con el animal. Minaya lo monta, y se echa de nuevo a donde pueda ver “por el cobdo ayuso la sangre destellando”.

Por fin, un terrible golpe del Cid pone en fuga al emir Faris y así se acaba la batalla. La jornada fue dura, todos pusieron en ella hasta la última reserva de energía. La necesidad los ha puesto en la disyuntiva de vencer o morir de hambre; ello les ha dado tal arrojo que en la primer acometida “Cadien por el campo en un poco de logar moros muertos mil e trezientos ya”.

Este fragmento diáfano, perfectamente ajustado a las leyes de la perspectiva, virilmente colorado y encendido en los fuegos de un espléndido día; este cuadro, semejante a los frisos que Fidias esculpió en el Partenón representando la lucha de lapitas y centauros, deja, sin embargo, una impresión desleída del héroe principal en aquellos lectores que vienen de la *Iliada*; de la *Eneida* o del *Roldán*. No se le ve en la mitad del campo, como al pélida Aquileo cuando lucha con lo más granado de los troyanos, o como Roldán, rodeado de cadáveres, solo, en medio de las incontables legiones enemigas. Es que, como ya lo he dicho, la técnica antigua era desconocida por el rimador del mio Cid. Aquí todo ocurre normalmente; nadie ocupa otro lugar que el que le corresponde en la azarosa lucha; viene de primero Pedro Vermúdez, le siguen las trescientas lanzas; luego el tumulto, la refriega... Pasa el héroe sobre su dorado arzón y se dice que está luchando muy bien. Están con él Alvar Fáñez, Martín Antolínez, Muño Gustioz, Martín Muñoz, Alvar Salvadórez, Alvar Alvaroz, Galindo Garcíaz y el sobrino de Rodrigo, Félez Muñoz.

De pronto cae Minaya de su caballo, siendo socorrido por el Cid; siguen después tres tajos del héroe, otro de Martín Antolínez al rey Galve y la persecución del ejército moro.

Tal es el recuento de los héroes por el orden en que se presentan y tales sus hechos. Nada de excepcional se dice que pueda subrayar intencionadamente al de Vivar; lucha, pero como lo hacen los demás; acude donde es útil su presencia y llena el aire con sus voces para incitar al combate. Si a ratos sobresale, si de un tajo divide a un jefe moro por la cintura, si logra poner fin a la contienda con el golpe que da a Fáriz, es porque así le ha tocado en suerte; Minaya y Martín Antolínez también la han tenido, y a decir verdad, no sabríamos cuál de los tres ha sido el héroe del día.

Pero a pesar de que el *Poema* no brinde en este aspecto grandes relieves a su personaje central, hay que reconocer que en aquel su grito: “feridlos, cavalleros, por amor del Criador! ¡Yo so Roy Díaz, el Cid de Bivar

Campeador!" se resume la primacía, no solo de jefe, sino también de héroe; la consagración popular lo reconoce así al llamarle Campeador, que quiere decir, vencedor de batallas. Fuera de esto, también resplandece por la prudencia, la disciplina militar, el respeto al parecer de sus hombres, el brío y resolución en las decisiones, la solidaridad con sus amigos en peligro y la clara humanidad con que se presenta en los momentos más crudos del combate. Y todo esto, lejos, muy lejos, de Homero, pero cerca, muy cerca de nosotros. A falta de otros comentarios diremos: hemos visto por nuestros propios ojos, no obstante, lo lejano de los siglos transcurridos, el triunfo de un hombre que en las peores condiciones imaginables logra imponerse a fuerzas mayores, usando las mismas energías, las mismas audacias que en nuestros tiempos solemos usar, ¡y esto es admirable! Podrá haber más grandeza y sublimidad en las batallas y en los héroes del poeta ciego, pero no más expresión de vida, más arrebató de humanidad: "Al rey Alfons que me a ayrado quiérol enviar en don treinta cavallos".

De nuevo se repite la escena de Castejón. Se relata el reparto de riquezas, haciendo notar con cierto entusiasmo la gran cantidad de objetos apresados, la calidad de los mismos y el júbilo general por lo bien repartidos que están. Esto último aparece reflejado en los versos siguientes: "¡Dios, qué bien pagó a todos sus vassallos, a los peones e a los encabalgados!".

Razón hay para que estas gentes se muestren alegres y no hallen qué hacer con tanta riqueza. Después de tan terribles batallas esto es el colmo de la dicha. Pero ningún guerrero saborea mejor este botín como mio Cid, porque ahora puede realizar cierto deseo, que a no dudarlo, le venía trabajando desde algunos días atrás. Quiere enviar un regalo a su rey: "al rey Alfons que me a ayrado quiérol enviar en don treinta cavallos".

Dejando aparte las consideraciones de orden histórico y las reflexiones puramente eruditas, cosas ambas ajenas al propósito del presente trabajo, es interesante observar estos versos porque en ellos palpita un estado de ánimo bastante complejo. En efecto, de lo que a primera vista resalta puede decirse que se tiene la impresión de un hombre en quien luchan opuestas tendencias, entre las que vence la parte más noble, es cierto, pero sin que por ello deje de ser contradictorio, o mejor, paradójico. Ese "que me a ayrado" da tal contraste al deseo expresado a continuación, subraya de tal modo "al rey Alfons", que no sabría decir si en ello hay odio, cruda ironía, cólera mal reprimida, expresión melancólica de humillaciones sufridas, o pura nobleza de alma, elevación cristiana que perdona, encendido amor a la tierra que no quiere fijarse en la persona de Alfonso, sino en cuanto representa la unidad castellana. Por mí declaro que no acierto a separar todas estas

encontradas tendencias, estas reacciones naturales, que perfectamente pueden convivir en un sujeto, máxime tratándose de un guerrero de aquel siglo y de aquella raza. Lo de “ayrado” pesará en el subconsciente hasta la muerte del héroe, dando origen a movimientos involuntarios que emergerán a la conciencia aun cuando su objetivo mayor sea alcanzar la reconciliación. Así es la naturaleza humana, así se otorga el perdón. Conceder de ligero que nada permite ver en este pasaje un sacudimiento de cólera, de ironía contra Alfonso, es no aceptar lo que todos los críticos aceptan en relación con el supremo realismo del *Poema*, a saber, que en él “se pisa tierra firme y clara de humanidad”.

Bien está admitir, como ya es uso corriente, que nuestro héroe posee hermosas cualidades, como ser audaz, paciente, arrojado, constante, pero ello no quita que en ciertos momentos no lo sea, o siquiera que tenga en sus adentros luchas grandes para vencer su mal disimulado encono, su arrogancia de hombre de armas, y hasta quizá, su soberbia, que todo esto es muy de conquistadores dados al combate, a la lucha sangrienta, donde se exacerban todas las pasiones del hombre.

La humanidad de un tal héroe no se puede conocer a fondo sin admitir esa zona oscura de nuestra pasionalidad, con todas sus inconsecuencias, ingraticudes y desmayos, porque es ella la que da al hombre el hecho primitivo de su animalidad, sin el cual quedaría desvalorizada, incompleta e ininteligible la esencia misma de la naturaleza humana.

Así visto el caso presente, aparece más lógico, más claro y humano. Ello no amengua los méritos, ni deprime la egregia figura del Cid; al contrario, le da relieves de eminencia, le forma como una aureola de sombra en la que se destacan todas sus virtudes, como en esos cuadros de Rembrandt llenos de penumbra y de fondos oscuros de donde brotan los rostros, las manos, las figuras, con mayor vigor y perspicuidad: “Al exir de Salón mucho ovo buenas aves”.

Sin tener conocimientos del arte adivinatorio, cualquiera que lea estos versos sabe que el Cid los tuvo, y sobre saber cuándo las aves eran buenas y cuándo malas, alentó una fe ciega en los agüeros, que por otra parte, son creídos y tenidos en mucho por el juglar al darles una realización cabal desde el momento en que el Cid echa a rodar la rueda de su suerte. Tal se desprende de aquellos versos: “A la exida de Bivar ovieron la corneja diestra, e entrando a Burgos oviéronla siniestra. Meçió mio Çid los ombros y engrameó la tiesta: ¡albricia, Alvar Håñez, ca echados somos de tierra! Mas a grand ondra tornaremos a Castiella”.

Penetrar los arcanos del porvenir, escarbar las entrañas del misterio que por todas partes nos asecha, otear con la hiperestesia de nuestras aprehensiones el flujo impalpable en que se trasmite la voluntad suprema, fue siempre una afición de las más cultivadas y estimadas, hasta el punto de constituir una ciencia sagrada en los pueblos de la antigüedad. Hoy por hoy, muy a pesar de los grandes adelantos científicos, subsiste la antigua manía con las mismas rarezas y enredos, aunque fundamentada en métodos y signos diferentes. La ignorancia, dicen algunos, es causa de este estancamiento supersticioso, otros, el estado actual de nuestros conocimientos que no permite sondear todo el misterio del futuro. La verdad es que este anhelo es muy propio de la naturaleza humana, y por ser tal, es digno de cuidadoso estudio: su explicación se confunde con la de las últimas causas de lo misterioso, y esto es llevar la adivinación, en cuanto hecho primitivo, a la categoría trascendente de lo filosófico fundamental.

Prescindiendo de presuntuosas explicaciones y reflexionando más sobre lo que pudiera esclarecer lo que ahora nos ocupa, tengo por cierto que la inquietud del futuro es mayor en el joven que en el viejo, y es fácil hallar la explicación de este fenómeno dentro de lo puramente individual. El viejo, por lo general, mira la vida y lo que en ella se contiene como un acabamiento natural y deseable; cierto que del ser al no ser es mejor aquello que esto, pero el rudo batallar por la existencia, el desgaste que implica la conservación de la armonía vital, la profunda melancolía con que se tiñe el espíritu a cada desengaño y el apagado rescoldo interior que ya no logra encender las luces de la esperanza mundana, son fuertes razones para convencer al hombre de muchos años de que la muerte es un bien; en esta idea respira sosegadamente, aguarda sin inquietud la entrada en el reinado de las sombras: ¿a qué inquirir nuestro destino si ya expira el plazo de las actuales realizaciones?

Muy de otra manera piensa el joven. Para él todo empieza: la vida se le representa como algo interminable, casi eterno; el mundo apenas si amanece ante sus ojos con todos los espejismos policromos de lo desconocido. Ha experimentado los primeros goces, y quizá, las primeras penas. Su ambición le lleva a desear los primeros, sus impulsos, a rechazar las segundas; pero ¿quién pudiera saber de antemano el destino que le aguarda? ¿Será próspero o adverso? Y dado que se llegue el momento definitivo de emprender la jornada a lo largo de los caminos de la vida, ¿por cuál decidirse? La inquietud del futuro se agarra fuertemente de nuestra alma, y día con día, noche con noche, abre ante nuestros ojos la misma interrogación. De aquí

la necesidad de satisfacer este anhelo; y como a todas nuestras preguntas nadie responde, el misterio responde al misterio, el silencio al silencio y lo natural responde a lo sobrenatural; hablan las aves por sus vuelos y sus cantos, las entrañas de las víctimas, el orto del sol y de la luna, los vientos, los mares y todo lo que encierra algún soplo de vida, de majestad, de silencio impenetrable.

Mio Cid va por los caminos de Burgos; ¿camino de felicidad o de infortunio? A la sazón está en el colmo de la juventud, vale decir, de las esperanzas, de las ilusiones. Ha sabido ya de infortunios y bien puede esperar más; pero sus ambiciones son grandes, los impulsos de su alma le llevan a emprender grandes empresas. ¿Cuál será su destino? ¿Dónde encontrar la respuesta?

A la exida de Bivar ovieron la corneja diestra, e entrando en Burgos oviéronla siniestra. Cavalgad, Çid, el buen Campeador, ca nunqua en tan buen punto cavalgó varón, pasó Salón ayuso, aguijó cabadelant, al exir de Salón mucho ovo buenas aves.

He aquí la respuesta: en ambos casos viene del cielo, cosa significativa, de las aves que pasan volando sobre su cabeza, ora a la diestra, ora a la siniestra, o del arcángel que desciende del empíreo. La respuesta viene preñada de felices pronósticos para el heroico castellano que “en buen ora nazco”. Así lo deja ver el alborozo con que dice a su brazo derecho: “¡albricia, Alvar Fáñez, ca echados somos de tierra! Mas a gran ondra tornaremos a Castiella”.

¿Vio realmente mio Cid estas grises cornejas, tuvo por ellas la certeza de sus triunfos, el presentimiento claro de sus glorias? Nadie lo sabe, ni lo supo tampoco el mismo juglar; pero el hecho es humano, muy natural y explicable: su juventud, su temple, implican la necesidad de penetrar en el arcano de lo porvenir, así como el espíritu supersticioso de la época.

Para dar mayor precisión a la intensidad del tono agorero de este *Poema* hay que agregar todavía otras consideraciones de gran importancia.

No es nuestro héroe un ser traído y llevado en brazos del azar al modo de los antiguos héroes que caían y se levantaban según el capricho de los hados.

Aun admitiendo la veracidad de los agüeros y la bondad de la hora en que nació, el relato de todas sus obras deja ver, ante todo, que la gloria fue hechura de sus manos, de su tenacidad, de su valor y de sus dotes de gran caudillo.

Es el carácter español, férreo e indomable, lo que decide a su favor la suerte en toda su vida; es la voluntad de un castellano viejo, muy siglo once, que le hace prevalecer sobre sus enemigos, alcanzando el perdón del rey y la honra con que es recibido en las Cortes de Toledo. A tal punto

es esto cierto que el juglar hace volar, valga la metáfora, las buenas aves sobre las dotes personales del Cid y no a estas sobre aquellas. Y si así no fuera, ¿a qué las virtudes del Campeador, a qué la astucia y genio de Minaya y el indomable valor de sus mesnadas, a qué, en fin, tanto sacrificio, tanto cabalgar por ásperas montañas, tanto soportar las inclemencias del cielo y de los hombres? Los buenos presagios se realizan porque así está previsto por el poeta, pero ellos son tales que no amenguan en nada los sudores y trabajos; el héroe llega a la cumbre por sus propias fuerzas, asciende por el camino de la victoria sin obtener ninguna ventaja de su buena estrella; no hay coordinación, cooperación entre lo agorero y lo meramente individual.

Con todo, aquel volar a la siniestra le dio un mayor optimismo, le enjugó algunas lágrimas y le incitó a proseguir con mayor ardor la realización de su destino. “Dixo mio Çid: ‘comed, comde, algo, ca si non comedes, non veredes cristianos; e si vos comiéredes don yo sea pagado, a vos, el comde, e dos fijos dalgo quitarvos e los cuerpos e darvos e de mano”.

Hemos llegado de aventura en aventura a presenciar una nueva batalla y una nueva victoria. Sin embargo, el poeta de los grandes hechos cidianos no se detiene a cantar el destrozo de las haces enemigas, las heridas de los valientes, ni el brillo cegador de Colada, la espada que vale más de mil marcos. No se ven aquí aquellos versos saturados de epopeya con que se canta la batalla campal dada en Alcocer contra Fáriz y Galve; todo se limita lo más posible en gracia de otros hechos dignos de largas estrofas, a juicio del poeta, con los cuales quiere poner fin al cantar del destierro. Me refiero a la prisión y libertad del Conde de Barcelona.

Este don Ramón es orgulloso, y sobre orgulloso, soberbio. Dice que viene a cobrar agravios viejos y objetos que se lleva el Cid al pasar por sus tierras, agregando: “sabrà el salido a quien vino desondrar”.

Desgraciadamente sus cálculos fallan, si ya no es obra de la buena estrella del bienhadado, que en este caso todo se puede suponer, dada la circunstancia de traer malas sillas coceras y las cinchas aflojadas.

Entablada la lucha, a poco más de una hora no hay un jinete montado, ni un infante que pueda evitar la derrota y prisión del conde. Este es llevado a la tienda del Campeador. Allí se está callado, taciturno, mordiendo los labios, pues que tales malcalzados le vencieron en batalla. Y no es esto solo, sino que lleva ya tres días de no querer pasar bocado de pan ni trago de vino. “Dixo mio Çid: ‘comed, comde, algo, ca si non comedes, non veredes cristianos; e si vos comiéredes don yo sea pagado, a vos, el comde, e dos fijos dalgo quitarvos e los cuerpos e darvos e de mano”.

Movido por tan halagüeñas palabras come el preso, y con tan buen gusto lo hace, que dice no olvidará

jamás el sabor de esta comida. Luego se da prisa en partir, no sin antes recibir hermosas vestiduras, ricas pieles, ricos mantos. El castellano le acompaña hasta el fin del campamento; allá se despiden.

Aguijaba el comde e penssava de andar, tornando va la cabeça e catándos atrás; miedo iva aviendo que mio Çid se repintrá, lo que non feríe el caboso por quanto en el mundo ha, una deslealtança, ca non la fizo alguandre.

No tendríamos una idea precisa de lo que fue el Cid si hubiese desaparecido en el torbellino de los siglos este pasaje tan lleno de generosidad y nobleza. Tampoco poseeríamos la sensación desconcertante que dan sus palabras al tratar de convencer a su enemigo que debe comer si quiere recobrar la libertad. El poeta trae a estas estrofas matices muy finos, modalidades en las que se mezcla un no sé qué de ironía burlesca, de indiferencia a las injurias, de respeto a la persona humana, de hábil destructor del complejo de inferioridad nacido en el ánimo del vencido, de cierto placer raro en obligar al enemigo a comer hasta donde sea el gusto del castellano. Ese “seré dent maravillado” de Berenguer, esa exclamación en que al lado de una gran alegría se vislumbra el asombro, la duda, como si se tratara de algo prácticamente imposible, es, a mi juicio, la nota saliente del pasaje que da a la promesa del Cid el carácter de una actitud desconcertante por las circunstancias que en ella intervienen y la forma en que se cumple.

Poniéndonos en el mismo caso del perdonador de agravios, se nos ocurre preguntar: ¿haríamos lo mismo que él? ¿Cuándo alguien nos ofende viniéndose sobre nosotros armado de soberbia y de venganza, estamos prontos al perdón? Por mucha magnanimidad que tengamos no creo que, después de oír sus bravatas, seamos capaces de iluminarle el camino con la antorcha del perdón, cómo se cuenta que lo hizo Pericles con uno de sus más emponzoñados enemigos.

Se necesita saber de sufrimientos y vejaciones, haber pasado por muchos lances de angustia y tener en el alma una gran reserva de virtud para arrojar la cólera lejos de nosotros en el momento oportuno. Y esto en nuestros días, después de varios siglos de cristianismo durante los cuales es de creer que el mandamiento de perdonar a los enemigos ha podido influenciar la psiquis universal, predisponiendo los individuos para las grandes acciones. Otra cosa fue en aquellos siglos de la alta Edad Media, cuando el espíritu guerrero, semibárbaro, dominaba en todas partes. Entonces la justicia,

el derecho y la libertad estaban a merced de la fuerza, y está en brazos de las pasiones más elementales. Mio Cid, hombre de pleno siglo XI, hijo de guerreros, nutrido de enseñanzas poco menos que germánicas, dado a la matanza desde su primera juventud y en circunstancias nada favorables para practicar doctrinas de paz, no debía ser una excepción.

¿Cómo pudo dominar su egoísmo, su naturaleza germánica y su propia desgracia injustamente ofendida y burlada, para dar salida en su alma al perdón, y aún más, a la súplica, porque no otra cosa fue aquella insistencia con que varias veces quiso poner fin a la huelga de hambre del muy terco don Ramón?

No hay más respuestas que el gran carácter del Campeador. A esto se llega como única explicación satisfactoria; pero por lo mismo, este carácter es, no obstante su grandeza, desconcertante por sus resoluciones imprevistas, por la nota personalísima que da en todas sus manifestaciones y por la brusquedad con que interrumpe el curso de una conducta vulgar para alcanzar las alturas de la más pura humanidad.

GLOSA I. LA LOCURA

La locura de don Quijote tiene un no sé qué de común con la de todos los que un buen día deciden salir por los caminos del mundo a exhibir alguna novedad; el mismo Cervantes no tuvo que ir muy lejos para encontrar dentro de sí un símil de esta locura, un tanto frenética, con la que irrumpe su héroe desde las primeras páginas. La razón es clara, todos tenemos un “sí es no es” de locura que corre pareja con la del Manchego y por muy similares caminos.

Ved ahí un buen señor sentado en su casa, con la pluma entre las manos, una hoja de papel y unos cuantos libros esparcidos por el suelo. Su mano está nerviosa, su semblante iluminado por una fulgurante mirada y toda su actitud sorprendida en el preciso momento en que unas cuantas ideas vagas, confusas, van a hacer su aparición en el mundo de las formas literarias. Ahora empieza a correr la pluma; las palabras brotan sumisas, arrebañadas; las ideas cada vez se tornan más originales, más felices, más dueñas de su propio contenido; a poco andar el escritor respira satisfecho: ha concluido un largo párrafo, y, para gozar de su propia obra, lee todo lo escrito, admirando con gozosa fruición ya la forma, ya el contenido, ya su unidad indisoluble, ya el arranque airoso de sus frases y períodos, ya, en fin, la vitalidad con que a trechos parece animarse su obra, de todo lo cual saca renovados bríos para llevarla a feliz término. Sin embargo, decide salir de casa porque presiente que le ha sobrevenido un momento de lasitud. Otro día continuará, cuando se encuentre a tono con sus pensamientos, con la misma inquietud de producir a lo grande, que no siempre estamos de vena para las mismas cosas. Así pueden pasar meses y años. Pero un buen día nuestro hombre toma en sus manos un abultado rollo de papel y sabrosamente arrellanado lee de un cabo al otro su propia obra terminada y a punto de ser dada a la estampa. ¿Cómo ha sucedido todo esto? ¿Cómo fue posible que durante tanto tiempo aquel señor viviese tan intensamente cada una de las palabras, de los pensamientos que luego iba anotando

cuidadosamente en sus papeles? Cervantes nos da la clave del problema con aquello de que

Le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante, e irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras, y a ejercitarse en todo aquello que él había leído de los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravios, y poniéndose en ocasiones y peligros, donde acabándolos cobrase eterno nombre y fama.

El escritor, el poeta, el sabio, el filósofo, una vez que se entrega de lleno en brazos de la sugestión de lo bello o de lo verdadero, va pasando, tras imperceptibles etapas, de la cordura a la locura. La mucha ciencia, el mucho filosofar, el mucho anhelar la puras formas, así como el mucho leer y el poco dormir del Manchego, va forjando en nosotros un pequeño mundo de formas, de tonalidades, de matices varios que con el tiempo se resuelven en lo que llamamos creación y no locura, gracias al consentimiento universal que tolera este dislocamiento de lo trivial y lógico, de lo puramente real por el solaz que proporciona, o mejor, por la oportunidad que brinda a todos, de sumirse, sin perder los estribos, siquiera aparentemente, en la locura ajena. Ha habido una autosugestión por la que, a semejanza del caballero, paulatinamente vamos dando a nuestras concepciones, no solo posibilidades de ser, sino ser real y verdadero; empezamos a creer en la verdad de lo imaginado, a dialogar con ello, a sentir su presencia actual; y como al cabo consentimos en todo, lo prohijamos y le damos un nombre para llamarlo y distinguirlo entre el cúmulo de las cosas ya existentes. Pero no para aquí todo, sino que también a nosotros nos parece “conveniente y necesario”, por mil y mil razones, ir por todo el mundo con nuestras obras a cuestas y con la pluma en la mano a buscar las aventuras y a ejercitarnos en todo aquello que pueda recabar para nuestras obras y persona eterno nombre y fama. Una vez bautizada su obra –Rocinante al que todo escritor y artista suele denominar con palabras, sino altas y sonoras, al menos significativas– resta que el propio autor se decida por el suyo, que no siempre estamos conformes con el que nos dieron al nacer.

El renombre, he aquí el más difícil problema de la vida. La normal, lo lógico sería dejar al tiempo el dar la música y sonoridad a la palabra con que nuestros padres quisieron llamarnos; pero no todos se conforman con el lento devenir de las horas; tienen prisa –la prisa es uno de los constitutivos formales del hombre moderno–, no tanto por el nombre, que al cabo es tan solo una palabra convencional, sino por el renombre que ha de acreditar

en un todo la calidad de sus obras, cuanto más que cada uno es hijo de ellas. Es así como surge el nombre con el que se le ha de distinguir cuando de sus hechos se trate; porque para convivir con sus semejantes, para ser respetado y estimado como varón prudente y de buen juicio, basta y sobra con el otro, con el vulgarmente llamado propio. Limpias, pues, sus armas, hecho del morrión celada, puesto nombre a su rocín, y confirmándose a sí mismo, una sola cosa hace falta y es el buscar una dama de quien enamorarse; pero en tratándose de amores los males se duplican y la locura para en su colmo; que amor de suyo es locura y arrebato. Pero nuestro hidalgo artista o escritor no parará mientes en ello y así cantará a su Filis, a su Beatriz, a su Dulcinea en los momentos en que su inspiración haya roto todos los vallados, vencido los caraculiambrós y gigantones que le cerraban el paso a lo ideal, o como dicen algunos, a lo universal poético.

Con esto es suficiente para tener por locos de atar a los que, para nuestro bien o nuestro mal, hemos dado en la manía de creer en la veracidad de lo que leemos, imaginamos o soñamos, con el deseo consiguiente de mostrarlo al mundo, ese mundo de las ventas, de los molinos de viento, de los batanes y galeotes que, no obstante gozar con nuestras quimeras, nos mira con ojos sonreídos de malicia, si ya no es que nos muele a palos tan pronto como descendemos de nuestro clavileño y pisamos la dura tierra de este mundo.

Pero no importa que así sea, nos decimos (a modo de jaculatoria poético-mística) allá en el hondón de nuestras almas, estremecidas por el soplo de lo bello, no importa que así sea, en tanto que a la cabeza de tantos locos marchen el Ingenioso Hidalgo y el Príncipe de los Ingenios que esta locura a las veces suele ser signo de predestinación.

GLOSA II. PRIMERA SALIDA

Yendo, pues, por su camino, hablaba consigo mismo nuestro flamante aventurero. Pensemos un poco en esto de hablar consigo mismo, paso a paso y durante todo un día de sol abrazador; cosa de locos, ¿no os parece? Pero ¿qué otra cosa puede hacer un cuerdo si va solo y por esas llanuras de España que son una verdadera invitación al cavilar, al soñar? ¿Podéis suponer acaso algo más humano, más propio del momento y del lugar que aquellos deseos obstinados de ver, de hacer algo digno de consignar en las historias? Al menos, si no acometía de buenas a primeras gigantes y endriagos, si no realizaba empresas dignas de importancia, surgían de la hoguera de su imaginación aquellas sublimes palabras de los campos de Montiel, que encarnan una verdadera profecía que hubo de cumplirse, palabra por palabra y letra por letra, en nuestros días y en el año en que todos los países de la tierra celebraron el centenario de Cervantes; palabras que si bien fueron dichas por un loco, solo un genio pudo pensarlas: “dichosa edad, y siglo dichoso aquel adonde saldrán a luz las famosas hazañas mías, dignas de entallarse en bronce, esculpirse en mármoles, y pintarse en tablas, para memoria en lo futuro”. Difícilmente puede uno, al leer este pasaje, contener la intensa emoción que nos producen; de inmediato surge a nuestra imaginación la figura resignada y cristiana del héroe de Lepanto, el alma noble de aquel que dijo, para gloria de España y de su pueblo que “la sangre se hereda y la virtud se aquista” y su sonrisa iluminada de gozo al ver cómo en nuestros días se cumple aquel vaticinio del novel caballero. Dejemos, pues, que nuestro héroe siga adelante en su monólogo inspirado, que ya lo hemos dicho, la locura suele ser signo de predestinación.

Por ahora hemos llegado a la venta donde don Quijote se ha de armar caballero. Todo ocurre en un ambiente de burlas y pendencias, de frases grandilocuentes y de ritos un tanto grotescos; sin embargo, el héroe no se inmuta, sigue adelante, sin mirar hacia abajo, los ojos puestos en su ideal y en su señora, y el corazón en las grandes empresas que habrá de rematar. Pasada la vela de las armas, se efectúa la ceremonia en un corral

o caballería. Es aquí donde nace al mundo un nuevo ejemplar de caballero, un portavoz de la justicia y un predicador o misionero de cuanto ideal grande pueda caber en el corazón de los hombres. No os parezca ridícula la miseria del lugar, la chatez del ventero al creer que “todo el toque de quedar armado caballero consistía en la pescozada y en el espaldarazo”, ni aquella risa disimulada de las mujeres que hacían de damas, ciñéndole la espada y calzándole las espuelas, porque también hubo burlas para otros y se les llamó locos porque predicaban verdades que no cabían en la mente de los cuerdos ni en el corazón de los ruines. Bien está don Quijote en la venta y la burla en los descreídos, que el ideal tiene sus fueros, si bien estos no se reconocen en este mundo, en estas ventas y corrales. Menester es arrumbar a otros horizontes para ver cuán grande es el campo y la jurisdicción de los auténticos caballeros y cuán dilatadas los mirajes de los que tienen una misión que cumplir, una hazaña que realizar, una aventura que rematar, pero antes hemos de armarnos caballeros, vale decir, hemos de recibir el espaldarazo de manos de los venteros, de las almas pequeñas, de la miseria de lo real; solo después de que los ruines de toda la hayan hecho escarnio de nuestra generosidad y de nuestro valor es que podemos lanzarnos a correr nuestra aventura, porque nadie puede aspirar a la fama, a la gloria, si no corre su aventura, si no cree en el poder de su brazo y en el amor de su dama. El toque está, precisamente, en escoger el campo más apropiado para el éxito y en saber elegir las armas, pero, eso sí, una vez confirmados en nuestra profesión hemos de hacer nuestra primera salida con las armas bien empuñadas y el corazón henchido de generosos ideales; lo demás es cuestión de esperar, de esperar y de acometer cuando se presente la primera oportunidad, tal como lo hizo don Quijote tan luego como se vio armado caballero. Grande es la profesión de caballero, grande el ideal que persigue, más grande y muy grande debe ser el corazón de todo aquel que pretenda ceñirse la espada para librar el combate de la vida, que la vida es milicia y la milicia profesión de espíritus nobles y levantados.

Esperemos, pues, nuestra primera salida para probar nuestras armas y el temple de nuestra fortaleza; el cielo nos dará presto, como a nuestro caballero, oportunidad de cumplir con los deberes de nuestra profesión.

GLOSA III.

ANDRÉS, JUAN HALDUDO Y DON QUIJOTE

Andrés, helo allí desnudo de medio cuerpo arriba, recibiendo muchos azotes; Juan Haldudo es un labrador de buen talle que armado con una pretina castiga groseramente al indefenso muchacho; don Quijote es el novel caballero, que da gracias al cielo porque tan pronto se le ofrece la primera ocasión de luchar por los menesterosos. Vedlos a los tres empeñados en mantener, por un momento al menos, la razón, el fundamento de su conducta; el uno alega que castiga el descuido o bellaquería de su criado; el criado que su amo le niega la saldada, su sudor y su trabajo, y el improvisado representante de la justicia, la justicia misma escarnecida y maltrecha en la persona de Andrés. Estos tres personajes ficticios representan la vida, donde nunca faltan víctimas que sufran los zarpazos del dolor, de la ingratitud y de la persecución. La escena se me antoja la representación viva de ese bregar de siglos en que se debate la humanidad, o su mejor parte, luchando por los sagrados fueros del bien. ¿Quién recogerá al cabo la palma de la victoria, la víctima, la injusticia o el derecho? Veamos el remate que da Cervantes a este corto drama. Por de pronto, y bajo la amenaza de ser alanceado, el labrador da libertad a su criado, por lo que hace a los dineros, Haldudo empeña su palabra de pagárselos puntualmente tan pronto como llegue a su casa, pues al decir de don Quijote, basta y sobra con que él se lo mande, aun cuando no haya recibido ley de caballería, “que Haldudos puede hacer caballeros, cuanto más que cada uno es hijo de sus obras”. La acción termina por donde comenzó: Andrés se ve a punto de ser desollado vivo, como lo temía; Haldudo se burla del desfacedor de agravios, y este, sigue adelante “pareciéndole que había dado felicísimo y alto principio a sus caballerías deshaciendo el mayor tuerto y agravio que formó la sinrazón y cometió la crueldad”. A la verdad tan solo se salva el principio en la mente del generoso caballero; en la realidad, perece o al menos no se cumple. Cervantes, cruelmente maltratado por la fortuna, sabe, como Andrés, que el mundo está lleno de Haldudos y que sus obras distan mucho de la justicia: tan pronto como desaparece la amenaza se extingue el buen propósito

y solo la autoridad revestida de fuerza es capaz de afianzar el derecho en las almas mal nacidas. Por tanto, hemos de admitir la insuficiencia de los medios humanos para mantener a raya los ímpetus innobles de nuestra baja naturaleza, a no ser que en verdad se profese hasta la locura sagrada ley de caballerías, que es ley de amor, fundamento incommovible del orden y de la justicia, pues como bien lo dijo el filósofo, si los hombres se amaran no habría menester de la justicia.

Esta es una
muestra del libro
en la que se despliega
un número limitado de páginas.

Adquiera el libro completo en la
[Librería UCR Virtual.](#)

LIBRERÍA
UCR

VIRTUAL

ACERCA DEL AUTOR



Luis Barahona Jiménez nació en Cartago, Costa Rica, el 21 de abril de 1914. Estudió en el Colegio San Luis Gonzaga. Ingresó a la Universidad de Costa Rica en 1941, mismo año de la reapertura de esta casa de enseñanza. Licenciado en Filosofía y Letras en 1943. Además, entre otros, publicó *Al margen de Mío Cid* (1943), *Primeros contactos con la filosofía* (1952), *Glosas del Quijote* (1953), “*El Gran Incógnito*”, *visión filosófica del*

campesino del Valle Central costarricense (1953), *El ser hispanoamericano* (1959), *Filosofía Griega* (1966), *Ensayos, ideas y paisajes* (1972), *Ideas Estéticas en Costa Rica* (1973), *Anatomía Patriótica* (1974), *La patria esencial* (1980), *Ensayos* (1981), *La inteligencia comprensiva* (1987), *La Universidad de Costa Rica* (2015) y *El gran incógnito iberoamericano* (2021).

Desde sus inicios literarios, la dimensión humanista constituyó el eje principal en sus ensayos literarios, filosóficos, estéticos, políticos y sociológicos. Doctor en Filosofía y Letras por la Universidad de Madrid, España, graduándose con honores, con la tesis, *El ser hispanoamericano* (1959). Catedrático de la Universidad de Costa Rica, publicó más de 15 libros.

ACERCA DE LA EDITORA

Macarena Barahona Riera, catedrática e investigadora del Centro de Investigación y Estudios Políticos de la Universidad de Costa Rica, es también autora de *Las sufragistas de Costa Rica, Nuevos documentos de 1948*, articulista de *La República* y del *Semanario Universidad*. Editó la obra de Luis Barahona Jiménez: *La Universidad de Costa Rica*, tomo I y *El gran incógnito iberoamericano*, tomo II, pertenecientes a la Serie Pensamiento político costarricense.

Corrección filológica: *Ariana Alpizar L. y Fabiola Benavides P.*
Revisión de pruebas: *Liza Pacheco M.* • Diseño de contenido y control de calidad: *Grettel Calderón A.*
Diagramación: *Daniela Hernández C.* • Diseño de portada: *Boris Valverde G.*
Imagen de portada: Homenaje a Pío Viquez, en el Colegio San Luis Gonzaga, el 12 de setiembre de 1942.
De izquierda a derecha José Joaquín Vargas Coto, Alejandro Alvarado, Luis Barahona Jiménez,
Mario Sancho y Ricardo Jiménez.

Editorial UCR es miembro del Sistema Editorial Universitario Centroamericano (SEUCA),
perteneciente al Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA).

Impreso bajo demanda en la Sección de Impresión del SIEDIN.
Abril, 2025.

Ideas, ensayos y paisajes de Luis Barahona Jiménez es el tercer tomo de la obra completa de este filósofo y escritor costarricense, en el marco del programa Pensamiento Político Costarricense, del Centro de Investigaciones y Estudios Políticos de la Universidad de Costa Rica. El libro brinda lo mejor de su ensayística, con temas que van desde la identidad nacional hasta la construcción de un pensamiento propio, donde el paisaje, el ser humano y las ideas se construyen en la literatura hispánica a través de sus clásicos, así como del pensamiento de Miguel de Unamuno, José Ortega y Gasset y José Bergamín.